

EL PAPEL DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL

La historia de la urbanización tiene un punto clave de referencia coincidiendo con lo que se ha llamado la Revolución Industrial, es decir, aquel período en el que un conjunto de invenciones e innovaciones conexiones permiten lograr una enorme aceleración de la producción de bienes y asegurar un crecimiento económico autosostenido, independiente de la agricultura. Como es sabido, se inició espontáneamente en Inglaterra y se afianzó y convirtió en irreversible entre 1750 y 1850. Su base estaba en el desarrollo de la industria manufacturera, generalizando el uso de la máquina para reducir tiempos y coste de producción.

El despegue inicial lo proporcionó la industria algodonera, al multiplicarse fabulosamente la producción de tejidos por introducción de telares mecánicos. Pero fue la siderurgia la que, al revolucionar su tecnología de producción, produjo un impacto aún más decisivo, puesto que repercutió en todo el desarrollo industrial posterior y, en una buena medida, lo hizo posible. En efecto, una cadena de perfeccionamientos en hornos y sistemas de fundición permite obtener un hierro de alta calidad, capaz de sustituir ventajosamente a otros materiales para mejorar muchas técnicas anteriores y construir nuevas máquinas. Sólo el hierro permitió el desarrollo del ferrocarril, que venía a sumarse a las importantes transformaciones del transporte, que ya habían empezado a producirse: técnicas modernas de pavimentación de carreteras y apertura de redes de canales. La disminución de tiempos de desplazamiento e intercambio, que así se hizo posible, inició la ruptura de las nuevas dimensiones espacio – temporales y las relaciones de dependencia entre núcleos urbanos y rurales, propias de la sociedad agrícola anterior.

Con posterioridad a este despegue británico, la industrialización se difundió por otros países de Europa y América, pasando por etapas parecidas de aumento en la producción y repercusiones en las formas de vida humana, especialmente en las formas de urbanización.

Porque, efectivamente, la industrialización tuvo repercusiones conmocionantes sobre las ciudades. En primer lugar, porque a ellas vinieron a instalarse las fábricas y, en segundo lugar, porque ello provocó amplios movimientos migratorios de campesinos pobres, atraídos por el salario industrial, para los cuales hubo que preparar acomodo. Las ciudades atraeron a la industria y la industria hizo crecer a las ciudades. Entre 1790 y 1841, Londres pasó de 1.000.000 de habitantes a 2.235.000.

Pero debe recordarse que la filosofía social dominante era del más crudo liberalismo, que suponía una completa aceptación del principio de Laissez Faire – Laissez Passer. Para el famoso economista Adam Smith, no había que producir ninguna interferencia en el desarrollo espontáneo del sistema económico, pues ello acrecentaba la productividad. Y David Ricardo sostenía que la persecución del beneficio privado esta admirablemente conectada con la consecución del bien común . Por tanto, no es extraño que todo el proceso de transformación de la ciudad que se produjo en aquellos momentos se desarrolle libremente, sin controles ni directrices de ningún tipo. El crecimiento urbano el

producto azoros de operaciones privadas movidas por la búsqueda del máximo provecho, tanto para la instalación de fábricas como para la creación de barrios obreros.

El resultado fue una dislocación y una degradación del espacio urbano anterior, así como también una degradación del medio ambiente circundante, de lo cual han quedado diversas clases de testimonios dados por algunos contemporáneos. Desde las descripciones literarias de Dickens, y los análisis de Engels, pasando por los informes de Chadwick, se nos muestra un panorama lacerante. Por una parte, la destrucción de los valores de la ciudad tradicional y la aparición de unas graves condiciones de inhabitabilidad: contaminación de la atmósfera y del agua, acumulación hedionda de detritus humanos e industriales, estrépito fabril... Por otra parte, la inocua explotación del trabajador, con una jornada de dieciséis horas y una estabulación precaria en los hacinados slums o conglomerados de viviendas de ínfima calidad producidos por los especuladores.

Sin embargo, hay que señalar que simultáneamente se desarrollaba muchas veces la ciudad de una burguesía que se enriquecía en este contexto político-económico. Es necesario, pues, recordar que el siglo XIX se caracteriza también por la continuación de las operaciones de embellecimiento interior y por la acometida de grandes extensiones planeadas (generalmente de acuerdo con trazados regulares en cuadrícula) yuxtapuestas a los cascos urbanos antiguos. Y estos barrios nuevos (a veces más grande que la propia ciudad anterior) aparecen, por su dignidad arquitectónica y urbanística, como el contrapunto de los barrios obreros de la ciudad industrial. En España se les llamó ensanches y fueron objeto de una legislación reguladora propia. El ejemplo mejor es el de Barcelona.

Resumiendo, podría decirse que la iniciación del proceso de industrialización tuvo unas repercusiones claras en las formas de urbanización, que se han dejado sentir más o menos intensamente y con mayor o menor prontitud, en función de los ritmos nacionales correspondientes. Esas repercusiones caracterizan a la ciudad industrial a finales del siglo XIX y principios de la actual, como una nueva forma de urbanización, en la que la ciudad se sacrifica en gran medida a la producción económica. Pero debemos recordar que todo lo dicho ha estado referido a la forma inicial de producirse la industrialización. Por eso, más adelante consideraremos independientemente el caso de países y ciudades en los que el proceso de industrialización se ha producido en condiciones muy diferentes, como ocurre en aquellos en los que se impuso el sistema socialista.